

Aurora se estremeció al oír esta revelación. Este movimiento llamó la atención del juez.

—¿Os sorprende esa noticia?—dijo.

—Bernardo era hijo de los jardineros de quienes acabo de hablaros—contestó.—He vivido durante dieciocho años á su lado. Quiso casarse conmigo...

—¡Y rehusasteis!

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Tengo que dar explicaciones á nadie de mis sentimientos íntimos?

—¿Habéis visto á ese joven desde que estáis en París?

—Jamás.

—Continuad.

—Os decía que pasé en casa de esos jardineros toda mi juventud, excepto unos años que estuve en un convento de Moulins... Entre mis compañeras de colegio había dos, cuyos nombres no os son desconocidos... Una de ellas se llamaba Marta Virieux... Era rica. La otra, Elena de Solmes... ¡Esta era pobre! Esta era casi una hermana para mí, que no tenía padres ni á nadie á quien querer.

El señor Danglas tuvo que hacer rudos esfuerzos para conservar su sangre fría.

Lo consiguió, pero estaba pálido.

—Esos son detalles extraños al asunto que nos ocupa—observó.

—No tanto como creéis... Me habéis dicho que yo iba á prostituirme—esta es la palabra de que os habéis servido—al ir á la calle de Vaneau, al ir á casa del marqués de Caylus. Le encontré muerto á mi llegada, herido por un asesino que no conozco; tal vez hubiera

cedido, en efecto, á sus instancias... He aquí por qué. En Riom había dos magistrados, os lo he dicho, del mismo apellido, padre é hijo. El padre es presidente de Sala; el hijo ha sido nombrado hace poco juez instructor de París. La ciudad de Riom no le ofrecía sin duda bastantes distracciones, porque las buscó en otra parte. Elena de Solmes era una honrada y encantadora joven, de una excelente familia, y vivía muy retirada, en compañía de su padre, un viejo hidalgo, cuyos reveses de fortuna habían agriado su carácter y casi arruinado... Su posesión no estaba lejos de las vuestras, la Sauvetiere.

Aquel juez de Rion agobió á mi amiga con protestas de amor; promesas de palabra y por escrito. La prometió casarse con ella y la juró no amar á nadie más que á ella. Al oírle, nada debía separarles. De tal modo, que un día, en un momento de desesperación, la señorita de Solmes, aturdida por sus súplicas, cometió una de esas faltas que un hombre honrado se apresura á reparar, y que los canallas arrojan como un ultraje á la faz de las que no han cometido más que una falta, la de confiarse en su lealtad y creer en sus juramentos. Aquel juez estaba ávido de honores y de fortuna. Olvidó su palabra para casarse con una heredera de millones mal ganados.

—¡Señorita!

—¿He dicho que se trata de vos?—dijo Aurora con tono agresivo.

—¡Silencio!

—¿Preferís que cuente esta historia ante el tribunal?

Catois estaba lleno de júbilo.

No perdía una palabra de Aurora, ni uno de sus gestos, ni una de sus miradas, fingiendo siempre estar absorto en la clasificación de los montones de legajos, detrás de los cuales ocultaba su alegría.

Creía entrever el nudo de aquel asunto tenebroso, como el hombre de la seguridad lo había entrevisto un instante.

No había sido á aquella joven á quien se atormentaba sin razón el autor ó la cómplice del crimen de la calle Vanneau, pero había sido la causa de él.

Con más atención y una inteligencia más clara que la del juez, había examinado el legajo incompleto aún por la policía y dos hechos le llamaban la atención.

Aquel Chavarux, hijo de la nodriza de Aurora, la había pedido en matrimonio, acababa de desaparecer.

El marqués de Caylus había querido hacer de ella su querida.

Había sido asesinado.

¿Por quién?

En esto estaba la cuestión. No por ella evidentemente.

¿Por qué lo hubiera hecho?

Por el momento no era esto lo que ocupaba la imaginación del escribano.

Era el escándalo que esperaba ver salir de los labios de Aurora.

Lanzó á la joven una mirada de excitación que ella pareció comprender, porque repuso en seguida:

—En el momento en que ese juez faltaba á las promesas que mi amiga debía considerar como sagradas, se produjo un hecho que trajo

mi partida del Puy-de-Dome. Rehusé, como acabo de decir, casarme con Bernardo Chavarux, y el señor Pilet-Desbuttes, su jefe y su protector, que hasta entonces había atendido á mis gastos, puso fin á lo que él llamaba sus generosidades para conmigo. Tuve que abandonar Aubignac y buscar una colocación para ganar la vida. Vine á París, pero no vine sola. Elena de Solmes me acompañaba. Su padre, arruinado por el señor Pilet-Desbuttes...

—¡Calumnia!...

—¡No, verdad!... Y herido en un duelo, cuya historia sería para vuestros colegas y el público interesante conocer, acababa de morir. Los dos estábamos sin recursos... Yo hubiera podido ganar para mí. Elena no podía estar en estado de buscar un empleo hasta pasados algunos meses. Me quedé con ella.

Dirigió una mirada altiva y recta al juez. Este bajó los ojos.

Aurora prosiguió:

—Yo hubiera podido desde luego vivir sin trabajar, vos comprendéis cómo. Había inspirado al marqués de Caylus una simpatía que se traducía por proposiciones que otras no hubiesen tal vez despreciado, señor Danglas, porque el dinero, venga de donde venga, tiene, parece ser, poderosos atractivos. Yo no quería deber más que á mí misma mi modesta existencia, y creía poder asegurármela. Me engañaba. París es duro para los pobres, y la carga era demasiado pesada. Después de esfuerzos inauditos, tuve que renunciar á toda esperanza. Elena enferma, con el hijo de un cobarde, á quien ella no podía más que despreciar y

quien no pensaba ni aun en ayudar á la que había deshonrado, iba á verse obligada á entrar en un hospital, á mendigar ó á suicidarse, su hijo arrojado á la calle por una nodriza á quien no se pagaba... Yo, no hubiera tenido más que decir una palabra al señor de Caylus, y yo huía de él cuando la casualidad nos puso frente á frente. El tenía, al ménos, la virtud de la generosidad y las maneras de un hombre galante, de un caballero. Para decirlo todo, me agradaba, no temo confesarlo. Me hubiera resistido, sin embargo, en mi deseo de permanecer siempre honrada. Cuando acepté sus ofertas, en un momento de cansancio, de lo que me arrepení en seguida, fué porque ya no teníamos en casa ni pan, ni dinero, ni nada en fin, y que yo quería seguir sosteniendo á la que habíais jurado hacer vuestra esposa y á su hijo, que es el vuestro. Habéis querido la verdad, señor Danglas, ahí la teneis, yo lo juro.

La bomba había estallado.

El juez permaneció un momento sobrecogido.

Catois no pudo menos de frotarse las manos. Ciertamente, sus deseos estaban superados.

En aquél duelo en que sus votos estaban por Aurora Milton, la joven había dado á su adversario una estocada de la que no se levantaría.

Catois no dudaba de que ella dijera la verdad.

Aquel Danglas, que le inspiraba una instintiva desconfianza, debía tener sobre su conciencia alguna de esas acciones que se temen ver surgir de pronto en plena luz á consecuencia de alguna cosa imprevista.

El escribano miraba con entusiasmo á aquella hermosa joven, minutos antes tan modesta, tan tímida, y ahora exaltada por el sentimiento de su inocencia y la injusticia de que era victima, se decidía á defenderse con todas sus fuerzas contra aquel ser á quien odiaba á muerte.

Esto era visible.

Catois esperaba del juez una explosión de cólera.

No fué así.

Danglas se contentó con decir:

—Eso es una novela que inventais á vuestro capricho.

Aurora contestó:

—Bien sabeis que es lo contrario. Además, el público lo apreciará.

—¿Pensais darle cuenta de vuestras confidencias?

—Puesto que se me ataca, me será preciso defenderme. Creo que no seréis vos mi único juez.

Catois estaba electrizado. Hubiera tomado parte en la lucha con satisfacción.

Su cara demostraba tanta alegría por el giro que tomaba la discusión, que el juez le dijo.

—Os ruego que os vayáis á vuestro despacho y nos dejéis un instante. Os llamaré.

Fué preciso resignarse.

Catois llenó su cartera de papeles, salió de la sala y cerró la puerta con mal humor.

Cuando quedó solo con la joven, el antiguo amante de Elena se levantó, temblando de ira.

—Si es así—dijo—como pensáis conquistarnos mi benevolencia, os equivocáis extraordinariamente.

—No necesito vuestra benevolencia, lo que necesito es justicia, contestó Aurora.

—Dejemos á un lado el asunto por el cual os encontráis presa, con el tiempo se aclarará, y hablemos ahora de otra cosa.

Dió un profundo suspiro haciendo un esfuerzo para contener su cólera.

—¿De modo—repuso—que conocéis á la señorita de Solmes?

—Es mi mejor amiga.

—¿Dónde vive?

—Conmigo; de otro modo su refugio hubiera sido el hospital, si la hubieran recibido.

—¿Está enferma?

—Gravemente... á consecuencia del parto... París no es sano para las jóvenes que están en su estado y no tienen con que cuidarse.

—¿Es pobre?

—Si ella hubiera tenido millones, vos hubieráis cumplido vuestra promesa...

Aurora contestaba con tono desesperado.

Marcelo Danglas se mordió los labios.

—Calmaos—dijo—dulcificándose de pronto, os lo suplico. La vida tiene exigencias que vos no queréis tener en cuenta. Sin embargo ya veis que no se puede hacer lo que se quiere.

Al cabo de un momento repuso:

—¿Es un niño el que ha tenido?

—Sí.

—¿En dónde está?

—En casa de una aldeana que se dedica á criarlos.

—¿En qué punto?

—¿Qué os importa, puesto que habeis renegado de él?

—¿Os negais á decírmelo?

—Los secretos ajenos no me pertenecen. Dirigios á la señorita de Solmes.

—Haceis mal en mostraros tan irascible, tan hostil...

—¿Por qué?

—Porque yo podria suavizar vuestra situación.

—Ya me han hecho ofertas de ese género.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde mismo.

—¿Quién?

—Un hombre de la policía, que me proponía una venta vergonzosa. Rehusé y me encontré confundida con la hez de los miserables, menos miserables tal vez que ese de quien os he hablado.

Se sulfuró.

—¡Me proponeis complacencias!... me hablais de mejorar mi situación... ¿Qué podeis hacer por mí? ¿Quién podria sacarme de esta ayeción en que una mala suerte y la malicia de los hombres me han hecho caer? ¡No tengo nada que esperar de vos ni de nadie! Sin embargo, resistiré. Seré destrozada sin duda, pero si otras tienen razones para amar la vida, yo no las tengo más que para odiarla! Abandonada por unos padres que se os parecen, vendida por los que tenían la misión de protegerme, lanzada sin sostén en un mundo en que no he encontrado más que negativas y desengaños, cuando no pedía más que trabajo, mezclada en fin, bajo no sé qué pretexto, con el fango de París, estoy resuelta á todo. ¡Tal vez encuentre un defensor y una justicia! Si no tengo esta suerte, defenderé hasta el fin lo que me queda de honor. ¡Después sea lo que

Dios quiera!... Habré cumplido con mi deber. Calló.

Marcelo Danglas la miraba con sorpresa, casi con admiración.

Trató primero de mostrarse con ella afectuoso, y acercándose la dijo:

—Escuchadme. Estais acusada de un crimen. Mi misión consiste en reunir los cargos que resultan contra vos; los hay agobiantes... Pero si se demuestra vuestra inocencia, yo puedo declararla.

—¿Cómo hubiera podido tener la idea de ese crimen, yo que hubiera dado mi vida por salvar la del señor de Caylus?

—¿Le amábais, pues?

—¿No os lo he dicho?... Por eso era más meritario, que encontrándome en la miseria me resistiera á él. El señor de Caylus me decía que me amaba... Me decía también que yo gastaba mi juventud y mis fuerzas en una lucha desigual, imposible... Tenía razón... ¡El me ofrecía una fortuna, en fin!...

—¿Y la rehusastéis?

—No sé si hubiera tenido valor para llegar hasta el fin. En todo caso yo era libre y no tenía que dar cuenta á nadie más que á mi conciencia y á Dios que tal vez me hubiera perdonado, porque sabía hasta qué punto me era dura la vida!

Aurora dijo esto mirando frente á frente al Sr. Danglas.

El no pudo sostener el resplandor de aquellos ojos, en los que se veían lágrimas, y bajó los suyos murmurando:

—Hacéis mal en insultarme. La fortuna tiene sus tentaciones y pocos caracteres los re-

sisten. Yo he podido dejarme arrastrar y hacer promesas que no se hacen con frecuencia más que para olvidarlas al día siguiente... Prometedme el secreto... Comprometeros á retractaros delante del testigo que ha oído vuestras palabras la acusación que acabáis de hacer contra mí y os devuelvo la libertad.

—Como el otro—dijo Aurora amargamente.

—Haré más... Repararé el daño que he causado á la amiga, cuya defensa tomáis con tanto interés...

—¿Cómo podríais hacerlo?...

—Procurándola el desahogo que necesita, ayudándola de la única manera que puedo hacerlo ya...

—¿Con dinero!

—¿No es el bien que consuela de la pérdida de todos los otros?

—¿Elena de Solmes no aceptará nada de vos!

—¿Creeis?

—Estoy segura de ello... De otro modo dejaría de ser mi amiga.

—Tal vez os pesen las palabras que acabáis de pronunciar.

—¿Por qué?

—¿Me amenazáis?

—Yo no os amenazo, me defiendo, os lo he dicho...

—¡Atacando mi honor!

—No es á mí, es á la verdad á quien tenéis que temer.

—Yo quiero el silencio y os lo impondré. Yo sabré reduciros á aceptar mis condiciones.

—¿Cómo haréis?

—¡Tengo armas contra vos y haré uso de ellas!

—¡Eso sería injusto y cobarde; pero de vos se puede esperar todo! Seductor de una desgraciada, á la que habéis mentido, ambicioso, bajo y vil, que os habéis vendido por una fortuna y honores, abandonando á vuestra querida y á vuestro hijo; asesino del señor de Solmes, á cuyos pies habeis mendigado la vida, podeis poner colmo á vuestras infamias agobiando á una inocente que el azar ha puesto entre vuestras manos, y á la que no podeis reprochar otra falta que la de conocer vuestro pasado, y de haber ayudado, tanto como su debilidad se lo permitía, á la mujer y al niño abandonado por vos. ¡Haced lo que querais! Yo no os prometo nada, y espero que me sobrevendrá un protector, ó Dios no sería justo.

—¿Es esa vuestra última palabra?

—Sí.

Marcelo Danglas apenas podía contenerse.

Hubiera querido romper aquella voluntad que se le resistía, aniquilar el obstáculo que se levantaba ante él en el camino de los honores y de la fortuna, donde todo le había favorecido hasta entonces; pero su poder no era tan extenso.

Leyó en la cara de Aurora una resolución que le pareció sin duda irrevocable.

Y entonces llamó.

El escribano acudió en seguida.

—Escribid—ordenó el juez.

Catois frunció las cejas.

Con gesto brusco pasó sus dedos agitados por la barba.

Evidentemente lo que su pluma iba á trazar era un acta inicua.

Pero era preciso obedecer.

Lo que él hubiera rehusado hacer, otros veinte lo hubieran hecho.

El juez dictó de prisa.

«Orden de conducir á la llamada Aurora Milton á San Lázaro y de tenerla en la más rigurosa incomunicación hasta nueva disposición. (Firmó.)

»MARCELO DANGLAS.»

El rostro de Aurora no expresó ninguna emoción.

Estaba demasiado desesperada para hacer caso de las afrentas, de las injusticias y de los sufrimientos.

Y aun hubo en aquella encantadora cabeza, en aquellos ojos tan hermosos, un rayo de esperanza.

Pensó en aquel general que la habia tratado con tanta dulzura y bondad.

¿Dónde estaba?

No se ocupaba de ella en aquel mismo momento, puesto que la habia dicho al separarse de ella:

—¡Tened esperanza!

Le esperaba con confianza.

El juez llamó de nuevo.

Se presentaron dos guardias.

Les entregó la orden, diciéndoles:

—Ejecutadla en seguida.

Uno de ellos se acercó á Aurora, la tocó en el hombro dijo:

—¡Seguidnos!

Catois suspiró fuertemente, rechinó los dientes, acarició á la desgraciada con una mirada cariñosa y murmuró:

—Una injusticia más, y grande, ¿pero cómo concluirá esto?

Un alguacil entró diciendo:

—El señor barón de Saint-Aubin.

—Que entre.

He aquí lo que pasaba entretanto en el pasillo.

El barón, que acababa de llegar al palacio por la citación del juez, se encontró frente á frente con Aurora y los guardias que la conducían.

La cogió una mano, diciéndola:

—¡Vos, vos aquí! ¡Esto es una infamia! ¡Vos, la más pura y la más dulce de las mujeres!

Se expresaba con calurosa convicción.

—Esto no es más que un error. Para acusaros es preciso no conoceros—continuó.

Y muy bajo, de manera que no fuera oído más que por ella, añadió:

—Os amo más que nunca.

Aurora no contestó.

¡El amor!... ¿No había muerto para ella con el marqués de Caylus?

Y además, ¡qué sitio para pronunciar palabra tal!

Los guardias los separaron.

XI

Fuertes y débiles.

El barón entró en el despacho del juez.

Imposible suponer que el personaje que acababa de entrar fuese un acusado ó un testigo.

Físicamente estaba soberbio, floreciente, de un aspecto perfecto y de una elegancia que

hubiera dejado pensativo á Marcelo Danglas, si no hubiera estado tan fuertemente impresionado por la escena que acababa de pasar.

Aurora había demostrado una energía, de la que el juez dudaba triunfar, y leía en la honrada y sarcástica cara de su escribano una desaprobación que no por ser silenciosa era menos significativa.

Se rehizo y dijo con mucha deferencia al barón:

—Hacedme el favor de sentaros, caballero.

Es inútil decir que Catois, que se había apresurado á ofrecer una silla á la joven, no se movió para el barón.

Estudiaba con disimulo sus facciones, de una distinción superior, su frente elevada, su fisonomía, que respiraba inteligencia y audacia, su talle flexible, sus manos nervudas, y sobre todo, sus ojos negros, atravesadores y fríos, y pensaba:

¡Es raro! Este individuo no me dice nada bueno.

El señor Danglas guardó por un momento ese silencio común en los funcionarios que quieren pasar por reflexivos y profundos; Saint-Aubin pudo creer que rodaban en su cabeza las ideas más graves.

El juez se decía sencillamente con secreto despecho:

—¡Jamás llegaré á esa elegancia suprema, á esa gracia desdeñosa, á ese aspecto de gentleman!

Decididamente, aquel Saint-Aubin, de quien había oído hablar con frecuencia, era digno de su reputación de vividor y de modelo de elegantes.